



Henry Matisse. *La danza.* 1909 - 1910
Óleo sobre lienzo. 260x368 cm
Museo del Ermitage. San Petersburgo. Rusia

Henry Matisse nació el 31 de diciembre de 1869 en Le Cateau-Cambrésis —una localidad del Norte de Francia— en el seno de una familia dedicada al comercio. Pese a la férrea oposición de su padre, comenzó a practicar la pintura a los 20 años, mientras se recuperaba de una apendicitis. Matisse murió en Niza el 3 de noviembre de 1954.

Sus primeras obras están adscritas a un estilo *divisionista* que pronto abandonaría debido al descontento que le generaba la separación entre el dibujo y el color sobre la que se fundamentaba esta técnica. En 1905 expuso en el Salón de Otoño junto a otros artistas como Derain, Dufy o Braque, todos ellos influidos en el uso del color por la pintura de Gauguin y de Van Gogh. La elección de sus obras por el jurado supuso un cambio hacia las corrientes de vanguardia en el Salón, que Louis Vauxcelles, destacado crítico de arte del momento, al contemplar la muestra, llamó *fauves* (fieras).

El *Fauvismo* no fue un sólido movimiento de vanguardia organizado y apoyado en un manifiesto, sino que surgió producto de esta exposición formada por un grupo de artistas que poco tiempo después evolucionaron hacia estilos y formas muy diversas, convirtiendo al *Fauvismo* en una corriente efímera.

Para Matisse, este movimiento de vanguardia fue el resultado de veinte años de experimentación pictórica en los que las tendencias postimpresionistas apuntaban hacia composiciones fundamentadas en el contraste de colores puros, sin existir un objetivo revolucionario característico de los *ismos* que conformaron las primeras vanguardias.

Para él la expresión no reside en la pasión que albergan las facciones de un rostro, o que transmite un movimiento violento, sino que se encuentra en toda la composición del cuadro: las proporciones, la disposición de los cuerpos, los vacíos que existen entre ellos; cada elemento desempeña un papel concreto para formar el todo. El color, empleado libremente y de forma provocativa, adquiere mayor importancia que el dibujo, centrado en las combinaciones entre primarios, secundarios y complementarios para buscar el contraste visual y la mayor fuerza expresiva posible.

La ausencia total de modelado y de claroscuros se justifica a través de esa búsqueda de pureza del color, evitando cualquier elemento que lo desvirtúe. El resultado fueron obras transgresoras en las que se representaba una naturaleza recompuesta a través de un cromatismo que refleja los sentimientos del artista.

Su obra *La danza*, fue realizada para el coleccionista ruso Schukin, amante del arte egipcio y micénico, y un gran admirador de la pintura de Gauguin y Cézanne. En ella, Matisse plantea una composición elíptica en la disposición de los personajes, cuyos cuerpos de fuerte tono ocre, contrastan con el fondo azul del cuadro. Están organizados de manera que no se solapen unos a otros y, además, busca la adecuación al marco hasta el punto de deformar los cuerpos y forzar las posturas, de tal modo que la escena no trasciende más allá de los límites de la obra.

El movimiento de las figuras muestra un ritual de danza con claras reminiscencias del arte primitivo y africano, tan en auge en estos primeros años del siglo XX, en los que la Prehistoria empieza a ser entendida como la etapa inicial en la evolución intelectual y creativa del hombre, la más ingenua y por tanto la más pura. Esa pureza original, es la que se busca a través de las formas esquemáticas y planas, que en cierto modo recuerdan a las pinturas rupestres neolíticas. Los críticos rusos vieron en esta pintura una ferocidad primitiva y la definieron como un “descenso a los valles de la prehistoria”. El propio Matisse afirma que su primer y principal elemento de composición de la escena era ese ritmo circular y el segundo el intenso azul del fondo que le recuerda al cielo Mediterráneo. En la parte inferior una colina verde, que se representa con una mancha de color lisa y esquemática, concede la referencia espacial.

Con esto, los cuerpos desnudos de los personajes solo podían adquirir ese fuerte tono bermellón para obtener el acorde luminoso y el contraste cromático deseado. En cuanto a la luz es una composición plana, carente de contrastes lumínicos que alteren la pureza del color, tanto en las formas anatómicas como en el espacio de fondo.

La obra es un canto al arte prehistórico, con formas simples y puras que plantean un baile evocador de la liberación emocional del ser humano, sumado a un estudiado contraste cromático que aporta ese sentimiento salvaje propio del *fauvismo*.